

El primer día de un mundo nuevo

¿Qué ha de depararnos este año recién llegado de 1987? Lo primero que apreciamos es la continuidad del año precedente. Aún se nos va la mano al escribir el 6 último, como si la costumbre de haber datado tantas cartas, tantas comunicaciones, hubiera convertido en rutina la identidad de nuestro hacer con la cronología. Sobre el año nuevo dejó escrito Marcel Proust (*A la sombra de las muchachas en flor*) que tuvo la sensación y el presentimiento de que el día de año nuevo no era un día distinto de los demás, no era el primer día de un mundo nuevo. Pero ¿acaso no pretendemos sin quererlo dar este carácter de novedad a lo que tan sólo es un día más?

Me gustaría no salirme en esta ocasión de lo que puede ser una crónica literaria, no obstante las tentaciones que sobre la voracidad recaudataria me incita la Ley aprobando los Presupuestos del Estado, en la que, indefectible y tenazmente vuelven a dispararse los tipos impositivos que iremos pagando a partir del año que acaba de empezar; no obstante también las expresiones del histrión del Caribe, tan alejado del culto lenguaje de sus compatriotas José Martí y Lezama Lima, de quienes debería leer —sobre todo, del último— las páginas del sentido común, al tiempo de comprobar que todo puede decirse si se dice bien y a tiempo, y que este idioma, esta lengua con la que perora acompañado de la mueca y del braceo, es idioma que usado con destreza permite ser contundente sin ser zafio. Podía aprender de algunos ilustres huéspedes toledanos de los que hay ejemplos en la nómina autonómica, que cuando llegan estas fiestas se expresan con el buen sentido y el mejor deseo.

Cada año perpetuamos una fidelidad. No tenemos ni el corazón ni la memoria suficientemente prepara-

dos para la fidelidad total. Así cada año anotamos la parcial fidelidad de ese tiempo. Adquirimos la costumbre sólo a través de la repetición. La comprobación de lo que digo la he experimentado leyendo, en un periódico madrileño, cartas inéditas de Miguel de Unamuno, escritas a principios de siglo; no es que sean cartas pasadas de moda, es que son cartas de otro tiempo. Don Miguel

la reina de la fiesta. Aquí, en Albacete, dicen que llamó al primer premiado *poetiso*. De Unamuno se guarda recuerdo; yo lo tengo a través del testimonio —el mejor testimonio— de Matías Gotor y Perier, unamuniano de siempre. Como lo tuve de José S. Serna, el claro escritor y más claro urdidor de anécdotas y recuerdos. Por Gotor sé de aquella carta en la que el dos veces rector de Salamanca, contestaba a la misiva de pésame en la muerte de la esposa, y aseveraba don Miguel que con su mujer, además de tantas cosas, se le había muerto su costum-

bre. Vuelvo al tema iniciado, que también nosotros debemos adaptarnos al nuevo tiempo. ¿Cómo será? En los aledaños de la suerte y en los ejidos de la realidad social, cada vez parece desfondarse el complejo mundo de las sólidas lealtades y de los férreos condicionantes morales. ¿Por qué no ha de tener éxito esta estatal aventura de jugarse las pesetas bien sea a la lotería clásica, a la primitiva, a las quinielas futboleras o hípcas, amén de en otras máquinas popularmente denominadas como lo que son, tragaperras, si el deseo de la riqueza llama a las puertas cada vez con más fuerza? Si esto ocurre en lo económico, parecida cosa acontece en la prospección del futuro. Así, no es de extrañar que haya ya adivinos que cobran por adivinar, que hacen cábalas sobre lo que ha de suceder, y que nos dicen que algún político mayor va a morir, que alguna joven dinástica va a casarse, que va a haber una catástrofe en el tercer mundo y alguna que otra predicción de menor cuantía.

Nos guste más o nos guste menos, comienza otra andadura. Aunque no sea el primer día de un mundo nuevo.



Por Ramón Bello Bañón

estuvo por Albacete al principio de los años treinta y fue mantenedor de unos Juegos florales, en los que se despachó a gusto con todo el mundo. Ahora me lo he explicado después de leer lo que le dice a su amigo Pinilla. Aceptaba ser mantenedor, por más que la palabra le causara hilaridad, y aprovechaba tan solemne ocasión para ironizar sobre